

COLABORACIÓN ESPECIAL I.17**El rol de la Universidad en la construcción de una globalización alternativa****Boaventura de
Sousa Santos****INTRODUCCIÓN**

¿Qué ha sucedido en estos diez últimos años? ¿Cómo caracterizar la situación en la que nos encontramos? ¿Cuáles son las posibles respuestas a los problemas que enfrenta la universidad en nuestros días? Intentaré responder a estas preguntas en el texto que sigue.

En la primera parte procederé al análisis de las transformaciones recientes en el sistema de educación superior y del impacto de estas en la universidad pública.

En la segunda parte identificaré y justificaré los principios básicos de una reforma que permita a la universidad pública responder creativa y eficazmente a los desafíos a los que se enfrenta en este inicio del siglo XXI y ofreceré algunas reflexiones sobre el papel que pudiera desempeñar la universidad, como agente de transformación social, en la construcción de una globalización alternativa.

LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD

La crisis financiera de la universidad está estrechamente vinculada a su crisis institucional. La pérdida de prioridad de la universidad pública en las políticas públicas del Estado fue, ante todo, el resultado de la pérdida general de prioridad de las políticas sociales (educación, salud, seguridad social) inducida por el modelo de desarrollo económico conocido como *neoliberalismo* o *globalización neoliberal*, que se impuso inter-

nacionalmente a partir de la década de los ochenta. En la universidad pública esto significó que las debilidades institucionales antes identificadas –que no eran pocas–, en vez de servir para un amplio programa político pedagógico de reforma de la universidad pública, fueron declaradas insuperables y utilizadas para justificar la apertura generalizada del bien público universitario para la explotación comercial. Y la misma opción explicó la descapitalización y desestructuración de la universidad pública a favor del emergente mercado universitario con transferencias de recursos humanos que algunas veces configuraron un marco de acumulación primitiva por parte del sector privado universitario a costa del sector público.

En este campo emergió otra contradicción entre la rigidez de la formación universitaria y la volatilidad de las calificaciones exigidas por el mercado.

Con la transformación de la universidad en un servicio al que se tiene acceso, no por vía de la ciudadanía sino por vía del consumo, y por lo tanto mediante el pago, el derecho a la educación sufrió una erosión radical.

La reducción de los sistemas de gratuidad de la educación universitaria y la sustitución de gran parte de las becas de estudio por préstamos, fueron los instrumentos de la transformación de los estudiantes, de ciudadanos a consumidores.

El otro pilar del proyecto neoliberal para la universidad es la transnacionalización del mercado de servicios universitarios.

Como he dicho, este proyecto está articulado con la reducción del financiamiento público pero no se reduce a él. Otros factores igualmente decisivos son: la desregulación de intercambios comerciales en general; la defensa cuando no la imposición de la solución mercantil por parte de los agentes financieros multilaterales, y la tendencia a una alta concentración en los países del norte de los posibles beneficios de las nuevas tecnologías de información y comunicación.

La universidad pública –y el sistema educativo en su conjunto– estuvo siempre ligada a la construcción del proyecto de nación hoy en crisis ante el avance neoliberal.

¿QUÉ HACER?

El único modo eficaz y emancipador de enfrentar la globalización neoliberal es contraponerle una globalización alternativa, una globalización contrahegemónica. *Globalización contrahegemónica de la universidad*, en cuanto bien público, significa específicamente lo siguiente: las reformas nacionales de la universidad pública deben reflejar un proyecto de nación centrado en las preferencias políticas que califiquen la inserción del país en contextos de producción y de distribución de conoci-

mientos cada vez más transnacionalizados y cada vez más polarizados entre procesos contradictorios de transnacionalización: la globalización neoliberal y la globalización contrahegemónica. Este proyecto de nación debe ser resultado de un amplio contrato político y social especificado en varios contratos sectoriales, siendo uno de ellos el contrato educativo, y dentro de este el contrato de la universidad como bien público. La reforma tiene como objetivo central responder positivamente a las demandas sociales para la democratización radical de la universidad, poniendo fin a una historia de exclusión de grupos sociales y de sus saberes, en lo que ha sido protagonista la universidad durante mucho tiempo, desde antes de la actual fase de globalización capitalista. Si la respuesta a ésta debe ser hoy privilegiada, es porque tal globalización hace inviable cualquier posibilidad de democratización.

El contexto mundial está hoy fuertemente dominado por la globalización neoliberal pero no se reduce a ella. Hay espacio para articulaciones nacionales y globales basadas en la reciprocidad y el beneficio mutuo, que en el caso de la universidad recuperan y amplían formas de internacionalismo de larga duración.

La nueva transnacionalización alternativa y solidaria se apoya ahora en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y en la constitución de redes nacionales y globales donde circulan nuevas pedagogías, nuevos procesos de construcción y de difusión de conocimientos científicos y otros, nuevos compromisos sociales, locales, nacionales y globales. El objetivo consiste en recuperar el papel de la universidad pública en la definición y resolución colectiva de los problemas sociales, que ahora, aunque sean locales o nacionales, no se resuelven sin considerar su contextualización global. El nuevo contrato universitario parte así de la premisa de que la universidad tiene un papel crucial en la construcción del lugar del país en un mundo polarizado entre globalizaciones contradictorias.

La globalización neoliberal se apoya en la erosión sistemática de los proyec-

tos nacionales, y como estos fueron muchas veces diseñados con la colaboración activa de las universidades y de los universitarios, es de esperar, entonces, que en esta perspectiva la universidad pública sea un objetivo que haya que derribar porque no está plenamente en sintonía con los objetivos de la globalización. El asunto no es aislar a la universidad pública de las presiones de la globalización neoliberal, porque, además de ser imposible, podría dar la impresión de que la universidad goza de un estatus relativamente independiente de estas presiones. Aunque no sea exactamente el caso, podemos decir que parte de la crisis de la universidad se debe al hecho de haberse dejado cooptar por la globalización hegemónica. Lo que está en cuestión es una respuesta activa a la cooptación, en nombre de una globalización contrahegemónica.

La globalización contrahegemónica de la universidad como bien público, que aquí propongo, mantiene la idea de proyecto nacional, aunque lo concibe de un modo no nacionalista ni autárquico. En el siglo *xxi* sólo habrá naciones en la medida en que existan proyectos nacionales de calificación de la inserción en la sociedad globalizada. Para los países periféricos y semiperiféricos, no hay tal calificación sin que la resistencia a la globalización neoliberal se traduzca en estrategias de globalización alternativa. La dificultad, y a veces el drama, de la reforma de la universidad en muchos países, reside en el hecho de repensar el proyecto nacional previamente. La universidad pública sabe que sin proyecto nacional sólo hay contextos globales y que éstos son demasiado poderosos para que la crítica universitaria de tales contextos no acarree la propia descontextualización de la universidad.

La globalización contrahegemónica de la universidad como bien público es, por tanto, un proyecto político exigente que para lograr credibilidad debe superar las dos ideas preconcebidas contradictorias más enraizadas:

1. que la universidad sólo puede ser reformada por los universitarios,
2. que la universidad nunca se autorreformulará.

El primer protagonista es la propia universidad pública, es decir, que es ella la que está interesada en una globalización alternativa. La universidad pública es hoy un campo social muy fragmentado y en su seno cohabitan sectores e intereses contradictorios. Es cierto que en muchos países, especialmente periféricos y semiperiféricos, tales contradicciones aparecen latentes porque lo que domina es una posición de mantenimiento del *statu quo*. Ésta es una posición conservadora no sólo por defender el *statu quo* sino por estar desprovista de alternativas realistas, y que acabará, por lo tanto, sumergida en los designios de la globalización neoliberal de la universidad. Los universitarios que denuncian esta posición conservadora y que al mismo tiempo rechazan la idea de ineluctabilidad de la globalización neoliberal, serán los protagonistas de la reforma progresista que aquí propongo.

El segundo protagonista de la respuesta a estos desafíos es el *estado nación*, siempre y cuando opte políticamente por la globalización solidaria de la universidad. Sin esta opción, el estado nación acabaría por aceptar más o menos incondicionalmente las presiones de la globalización neoliberal, o por ceder sin mucha resistencia a ellas, y en cualquier caso se transformaría en el enemigo de la universidad pública por más proclamaciones que haga para contradecirlo. Las opciones tienden a ser dramáticas, dada esta relación de proximidad y de amor-odio que el Estado ha mantenido con la universidad a lo largo del siglo *xx*.

Finalmente, *el tercer protagonista* de las reformas que propongo son *los ciudadanos* individualmente o colectivamente organizados, grupos sociales, sindicatos, movimientos sociales, organizaciones no gubernamentales y sus redes, gobiernos locales progresistas, interesados en fomentar articulaciones cooperativas entre la universidad y los intereses sociales que representan. Al contrario del Estado, este tercer protagonista tiene históricamente una relación distante y a veces hostil con la universidad, precisamente como consecuencia del elitismo de la universidad y de la dis-

tancia que ésta cultivó durante mucho tiempo en relación con los sectores de la sociedad considerados como no cultos. Es un protagonista que tiene que ser conquistado por la vía de la respuesta al asunto de la legitimidad, o sea, a través del acceso no clasista, no racista, no sexista y no etnocéntrico a la universidad, y por todo un conjunto de iniciativas que consoliden la responsabilidad social de la universidad en la línea del conocimiento pluriuniversitario solidario.

Además de estos tres protagonistas, en los países semiperiféricos y periféricos existe un *cuarto grupo* que sin tener en general condiciones para ser protagonista de la reforma que aquí propongo, puede, por su lado, integrar el contrato social que dará legitimidad y sustentabilidad a la reforma. Se trata del *capital nacional*. Es verdad que los sectores más dinámicos del capital nacional –los sectores potencialmente más eficaces en la construcción del contrato social– están transnacionalizados y, por lo tanto, integrados en la globalización neoliberal hostil al contrato social. Sin embargo, el proceso de transnacionalización de estos sectores en los países periféricos y semiperiféricos no ocurre sin contradicciones, y la búsqueda de condiciones que mejoren su inserción en la economía global depende del conocimiento científico, tecnológico o ge-

rencial producido en las universidades. En esta medida, pueden tener interés en asociarse a una reforma que defienda la universidad pública, sobre todo en los casos en que no hay alternativas extrauniversitarias de producción de conocimiento de excelencia.

Sobre esta actitud general de la reforma de la universidad pública y sus protagonistas, se definen los siguientes principios orientadores:

1. *Enfrentar lo nuevo con lo nuevo*

La resistencia debe involucrar la promoción de alternativas de investigación, de formación, de extensión y de organización que apunten hacia la democratización del bien público universitario, es decir, a la contribución específica de la universidad en la definición y solución colectiva de los problemas sociales, nacionales y globales.

2. *Luchar por la definición de la crisis*

En los últimos veinte años, la universidad ha sufrido una erosión en su hegemonía, tal vez irreparable, como resultado de las transformaciones en la producción del conocimiento y de la transición que está en proceso: del conocimiento universitario convencional hacia el conocimiento pluriuniversitario, transdisciplinar, contextualizado, interactivo, producido, distribuido y consumido con base en

las nuevas tecnologías de la comunicación e información. Esto ha alterado, por un lado, las relaciones entre conocimiento e información y, por otro, las relaciones entre formación y ciudadanía.

3. *Luchar por la definición de la universidad*

Las reformas deben partir del supuesto de que en el siglo XXI sólo habrá universidad cuando haya formación de grado y de postgrado, investigación y extensión. Sin cualquiera de éstas habrá enseñanza superior pero no habrá universidad.

4. *Reconquistar la legitimidad*

La universidad debe superar la triple crisis: de hegemonía (ya no tiene el monopolio de la investigación), *de legitimidad* (se percibe como una institución que veda el acceso a los más desfavorecidos) e *institucional* (a causa de las dificultades para preservar su autonomía ante la presión de las demandas del mercado y por la tendencia a visualizar las universidades como empresas), *que viene enfrentando desde los noventa*. Esto implica llevar a cabo una nueva reforma acorde con un proyecto de nación viable que considere la educación un bien público y que prepare a sus graduados para construir el desarrollo sostenible y la equidad.